

en medio de ella sonaban tiros..... ¡Ay! era que los heridos enemigos, no pudiendo presentarse ni huir, se habían refugiado en los pajares para esconderse, y allí morían abrasados y abrazados á sus fusiles, que candentes estallaban al espirar el defensor carlista. — ¡La hoguera era inmensa! y los soldados se replegaron á retaguardia por no poder sufrir tanto calor. Las mujeres no echaron ni un pié atrás. — Ya, por último, las tropas cristinas deshicieron aquella formación compacta para desfilas al llano. Marcharon, y parecía la silenciosa columna una larga serpiente de aceradas escamas que se desliza abandonando el matarral incendiado donde tenía su guarida. Marchaba yo como uno de tantos, y mi amigo el coronel francés M. Saintyon, que de orden de su Gobierno seguía al cuartel general, me tocó en el hombro señalándome un objeto á corta distancia de la población que ardía: era el contorno de una mujer inmóvil, erecta, plantada como una estatua. — ¡Qué le parece á V.? me preguntó. — Me recuerda, le respondí, á la mujer de Lot frente á Sodoma. — Y el noble extranjero me replicó: Ese es el cuadro; pero de verdad que Sodoma tenía mayor culpa. — Luégo continuamos marchando en la fila, porque éramos anillos de aquella gran serpiente que se deslizaba.»

Eran necesarios todos los grandes servicios que había prestado Mina guerrillero á la santa causa de la Independencia nacional, para que la historia contemporánea no haya execrado el nombre de Mina general en Jefe ante un acto de tan injusta, bárbara é impolítica crueldad.



## CAPÍTULO XVI

San Miguel in excelsis: la leyenda de don Theodosio Goñi; el templo; el retablo de esmalte.— La Borunda: la ermita de San Pedro; la contienda de Alsasua y Urdiain; las romerías.

**H**AY un santuario que por la providencial consagración que obtuvo de la Edad-media navarra, subsiste en una de las más altas cumbres de la cordillera que parte términos con la provincia de Guipúzcoa, como olvidado por las destructoras huestes que en nuestras pasadas guerras dinásticas, desde la muerte de Fernando VII acá, han asolado los fértiles valles de la Borunda (1).

(1) Escribimos indistintamente Borunda y Burunda, siguiendo, ya el uso popular, ya el de los modernos escritores navarros.

Cuatro artistas amigos,—dos de ellos profesores de las artes plásticas, arquitectura y pintura, y otros dos escritores,—se reunían en Pamplona en un delicioso día pardo del mes de Agosto de 1865 para ir á visitar el santuario de San Miguel *in excelsis*. Eramos los cuatro expedicionarios, D. Maximiano Hijón, ilustrado arquitecto de la provincia en aquellos días; D. Juan de Iturralde y Suit, mi providencia en Navarra desde aquella época, á quien mis lectores conocen ya por las muchas veces que en estas páginas he consignado su nombre; el malogrado don Jaime Serra y Gibert, pintor y decorador barcelonés, el más expedito y certero *cazador á tenazón de trasuntos artísticos* que he conocido en mi vida; y mi humilde persona. Un coche de colleras, espacioso y cómodo, nos trasladó de la capital de la provincia á Huarte-Aráquil á la falda de la Borunda y al pié del mismo monte Arálar, término del viaje con mulas y cascabeles. En aquel trayecto por la antigua carretera, poco frecuentada desde la apertura del ferro-carril que enlaza á Pamplona con Vitoria, pasamos sobre algunos trozos de la famosa vía romana del Itinerario de Antonino; acaso dejamos á derecha é izquierda ruinas de antiguos pueblos estipendiarios de la orgullosa Roma, y nuestro inteligente compañero Iturralde, que por complacer nos había aceptado el papel de *cicerone*, auxiliado á intervalos por Hijón, amenizó aquel viaje de poco más de 6 leguas recordando en rápidas y vivas pinceladas la historia romancesca y legendaria de la fundación del santuario á que nos encaminábamos.

Es de saber que allá por los años del rey Witiza (en 707), según reza la tradición, gobernando la Iglesia el Sumo Pontífice Juan VII, vivía en Navarra un caballero de esclarecido linaje, á quien se da el nombre greco-latino de Don Theodosio, el cual había nacido en el pueblo de Goñi cercano á la Borunda, distante como cuatro leguas al occidente de la ciudad de Pompelone (hoy Pamplona). El palacio de Goñi vino á ser propiedad, andando el tiempo, de los vizcondes de Zolina, condes de Javier.

Casó D. Theodosio con una señora noble, rica y virtuosa, llamada Doña Constanza de Viandra, y fué á vivir al palacio de su mujer, que estaba en una población inmediata. Habiendo tenido que ausentarse para acudir con la hueste visigoda de su mando á fortalecer los presidios que tenía el rey en la costa Tingitana, amenazados por los sarracenos, D.<sup>a</sup> Constanza, atenta á su recato, rogó á los padres de su marido que se viniesen á vivir con ella, y aceptando los suegros, cedióles en su palacio su propio cuarto y lecho nupcial, para que estuvieran más honrados.—Volvió D. Theodosio de la guerra, ignorante de aquella circunstancia, y ardía en deseos de abrazar á su bella y casta esposa. En el camino á su casa le sorprendió la noche en un paraje llamado *Errotavidea* (camino del molino), vía del valle de Olo, donde le salió al encuentro el demonio disfrazado de ermitaño. Fingiendo éste interesarse en su honra, díjole que venía á darle aviso de cómo un vil criado suyo, cómplice de su mujer, profanaba la honra y decoro de su casa: que él lo sabía por revelación de Dios, ofendido de tan gran pecado, y que si quería convencerse por sus mismos ojos de la perfidia de su mujer y de su propia afrenta, no tenía que hacer más que penetrar en su casa con toda cautela y dirigirse al aposento nupcial, donde encontraría desprevenidos á los dos adúlteros. Dió oídos á la sugestión infernal el desgraciado D. Theodosio: ardiendo en ira y en celos, entró en su casa sigilosamente y sin que nadie le sintiera; á favor de las sombras de la noche, llegó hasta el dormitorio; acércase con recato silencioso al lecho, palpa, advierte en él dos cuerpos dormidos; ciego de furor, echa mano al hierro, y sin más examen, lo hunde en los cuerpos de sus padres con tan desaforados y certeros golpes, que sin poder ellos exhalar el más leve gemido, los deja cadáveres en su propio lecho bañado de sangre.

Tenía Doña Constanza por piadosa costumbre, desde que se había ausentado su esposo, irse á orar por él al templo en cuanto dejaba acostados á los dos ancianos. Aquella noche, volvía

ella de sus oraciones cuando D. Theodosio, con el remordimiento del crimen que acababa de perpetrar, encomendaba su seguridad á la fuga. Encontráronse cerca de la casa, y el gozo que experimentó ella al hallarse tan impensadamente con su marido, se trocó en lágrimas al advertir la dolorosa admiración de éste, que por su parte, al cerciorarse de que su esposa no era una vengadora sombra, oía de sus labios la tremenda revelación de que había cometido un doble parricidio. Refirióle él entre lágrimas y sollozos la falsa delación del ermitaño y todas las circunstancias de la trágica escena, y después que dió vado á su dolor, concibió la idea de expiar su horrendo crimen entregándose á la más áspera penitencia hasta el fin de sus días.—Suspendo aquí el relato de la leyenda para señalarte los monumentos históricos que la ilustran.

La casa de D.<sup>a</sup> Constanza, donde ocurrió el hecho, mediante privilegio del año 1517, confirmado por Carlos V en 1525, empezó á titularse *palacio* por concesión del Virrey de Navarra, duque de Nájera y conde de Treviño; y para diferenciarlo del otro palacio de Goñi donde nació D. Theodosio, se dispuso que fuese llamado el *palacio de San Miguel*, y que además de sus propias armas, llevase por blasón *una cruz dorada en campo rojo, un dragón y una argolla rota*, como emblemas de la vida penitente que, según vas á ver, hizo el arrepentido caballero. Aún existía ese *palacio de San Miguel*, llamado por la gente de estos contornos *palacio del caballero de la revelación de San Miguel*, por los años 1685. Arruinóse después, pero el P. Burgui (1) atestiguaba en 1774 haber visto sus desmoronadas paredes, conservándose intacto en su fachada ó frontispicio el escudo de armas que recordaba el admirable suceso. Por otra parte, de una información judicial que se practicó en el lugar de Goñi en Setiembre de 1715 ante el escribano José de Córdoba,

(1) En su obra, tan rica de noticias cuanto indigesta, titulada *San Miguel de Excelsis, representado como Príncipe supremo de todo el reyno de Dios en cielo y tierra, y como protector excelso aparecido y adorado en el reyno de Navarra*.

para acreditar tan memorable historia, resulta que en el paraje llamado *Errotavidea*, en el camino del Molino al valle de Ollo, se conservaba una cruz muy antigua de madera, junto á un árbol, que fué puesta en memoria de haberse allí aparecido el diablo á D. Theodosio en figura de ermitaño; y que en la iglesia del pueblo había un disco de piedra enhiesto sobre una especie de estela, muy toscamente labrado, y de grande antigüedad al parecer, donde se veía por el anverso, figurado en bajo-relieve de estilo bárbaro, la escena del parricidio consumado por D. Theodosio, y en el reverso una cruz bizantina de muy garbosas hojas con cinco estrellas inscritas en sendos circulillos, enseña favorita, ya que no escudo, de la antigua casa de Goñi (1).—Prosigamos ahora con la penitencia de nuestro héroe.

Abandonando el desgraciado caballero su esposa y su casa, fué á Roma á arrojarle á los piés de su Santidad el papa Juan VII, y éste le impuso por penitencia que se echara una argolla de hierro al cuello, se ciñese con dos cadenas la cintura, y sin entrar jamás en poblado, anduviese errante por los montes y los desiertos hasta que por virtud divina se le rompiesen aquellos hierros, lo cual sería señal cierta de darse por satisfecha la eterna justicia; y por último que en el paraje mismo donde esto le aconteciese, erigiese un templo en honor del arcángel San Miguel.—Nadie ignora la severidad de la antigua disciplina de la Iglesia en materia de penitencias canónicas: imponíanse en aquella edad siete años de penitencia por quitar la vida á una persona extraña; otros tantos al casado que mataba á su mujer adúltera; diez años al hijo que daba muerte violenta á su madre; penitencia perpetua, esto es, de toda la vida, al que mataba á su mujer inocente; ¿qué mucho, pues, que siendo D. Theodosio uxoricida y homicida en la intención, y parricida y matricida en la realidad, le sentenciase aquel Pontífice á una

(1) Puede verla el lector grabada por Carmona en la citada obra del Padre Burgui.

satisfacción extraordinaria imponiéndole la penitencia referida? —No la repugnó el delincuente, antes bien la aceptó con valentía: y regresando á su tierra natal, puesta la argolla de hierro en la garganta, ceñido el cuerpo de cadenas y oprimido el hombro con una pesada cruz, sin más vestido que una áspera túnica, sin otro lecho que la dura tierra, siendo su habitación las grutas, su alimento las silvestres hierbas, su regalo los ayunos, su pan de cada día el llanto, golpeándose el pecho, denegrido, macilento, con aspecto de cadáver ó de esqueleto vivo, anduvo varios años de desierto en desierto, emulando en espíritu de mortificación y penitencia con los antiguos solitarios, los Pablos, los Arsenios y los Antonios. Rompióse un eslabón de una de sus cadenas hallándose en la cumbre de Ayedo, ramal de la sierra de Andía, y reconociendo que este insigne favor era debido á la intercesión de su patrono el Arcángel San Miguel, determinó erigirle un templo en aquel mismo sitio. Hízose la iglesia, destinando para su dotación gran parte de los bienes de su casa, y esta construcción aún subsiste, según dicen (1), al cabo de tantos siglos, reducida á simple ermita con la advocación de *San Miguel de Ayedo*.

Prosiguiendo D. Theodosio con nuevo fervor en su penitencia, pasó de la sierra de Andía á la de Aralar y al monte de este nombre, distante de Goñi como dos leguas largas de muy áspero camino, y allí le aconteció que al cabo de siete años de vida tan lacerada y austera, un día le salió al encuentro en lo más alto de la montaña frontera al valle de Huarte-Aráquil, un enorme y espantoso dragón que habitaba una caverna cercana, el cual se puso en ademán de despedazarle. Era sin duda este dragón el espíritu infernal, porque en el momento en que el penitente caballero, implorando la asistencia de su patrono San Miguel, caía de rodillas sin defensa y rendido á la voluntad del

(1) No la he visto, ni he podido tratar de verla: acaso no hay otro fundamento para suponerla en pie, que la aseveración del P. Burgui, que escribía hace más de un siglo.

cielo, se dejó oír en la bóveda del firmamento el estampido de un enorme trueno: un fulgor repentino y deslumbrador iluminó toda la montaña, aparecióse en el aire el glorioso Arcángel, el dragón quedó instantáneamente muerto, y D. Theodosio sintió sus cadenas resbalar por su cuerpo al suelo, hechas pedazos. Cayó el penitente con el rostro en tierra, abismado en el portento que en su favor obraba el cielo, y al volver de su aniquilamiento y estupor, vió con sorpresa que el Arcángel había dejado en la peña, para perdurable memoria de su aparición en el monte Aralar, una imagen suya que le representaba sosteniendo la cruz sobre su cabeza.—Cumpláse el plazo de la penitencia impuesta á D. Theodosio por el romano Pontífice, y para llenar del todo sus condiciones, faltaba solamente que el caballero erigiese á San Miguel en la cima del mayor de los dos riscos en que se divide el monte Aralar, lugar de la aparición, el santuario que se le había mandado edificar. Hízolo el devoto penitente, alzando allí con toda presteza un segundo templo, mayor que el que había construído en el monte Ayedo: su mujer D.<sup>a</sup> Constanza, que aún vivía, se asoció á él en la santa empresa, y dando con el tiempo mayor campo á su generoso propósito, edificaron junto al santuario una casa de retiro y oración, á la cual cedieron todos sus bienes, y allí, haciendo voto de perpetua castidad, acabaron ambos sus días, separados en lo corporal aunque unidos en el espíritu de religión y penitencia, á la manera que vivían en aquel tiempo muchas personas de ambos sexos en los monasterios dúplices del instituto benedictino; y allí también fueron enterrados.

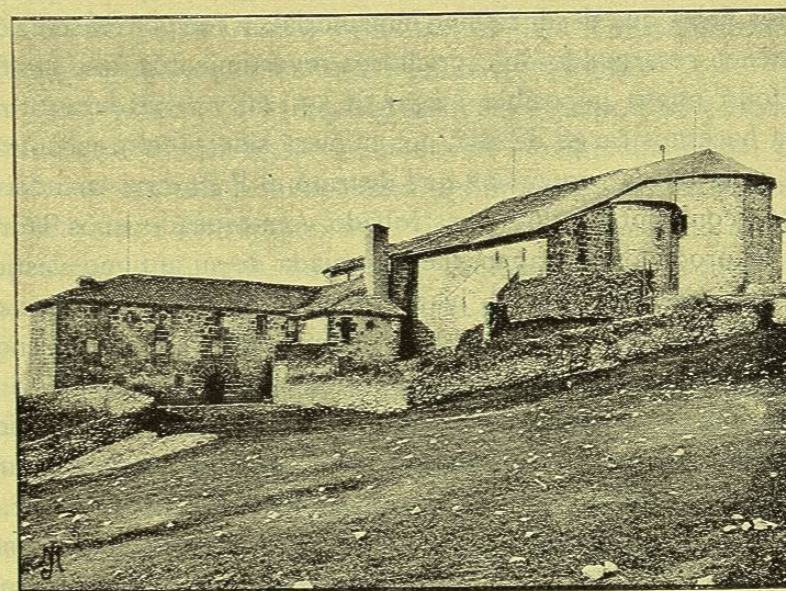
Supónese que la construcción primitiva permaneció intacta hasta su ampliación á principios del siglo XII, y con ella intactas é invioladas todas las pruebas y testimonios de la maravillosa penitencia de D. Theodosio de Goñi, las cadenas que abruman su cuerpo por espacio de siete años, y la milagrosa imagen de San Miguel bajada del cielo al cabo de sus heroicas austeridades y lacerias, para señal de la divina misericordia y paladión

de la tierra aracelitana en sus públicas calamidades. Consta que en los siglos que sucedieron á la irrupción sarracena y á la infeliz destrucción de la Sede Iruniense, aquella altura que parece hoy casi inaccesible, estuvo constantemente poblada de cristianos, trasladados con sus ajuares á las crestas de la natural fortaleza que les deparaba su propio suelo, los cuales volvieron á poblar los valles cuando cesó el común peligro mediante el progreso de la reconquista.

Al llegar al pueblo de Huarte-Aráquil, antigua mansión romana de *Araceli*, ya teníamos los cuatro expedicionarios ensillados los caballos serranos en que íbamos á verificar nuestra ascensión, y dispuestas las provisiones que nos habían de hacer llevadera la fatigosa jornada. Dos mortales horas de trabajosa subida, durante las cuales los dos viajeros menos familiarizados con los lances de la vida de las montañas — que éramos Serra y yo — fuimos constantemente, como decirse suele, con el Credo en la boca, temiendo á cada resbalón de la cabalgadura en las empinadas lastras del mal llamado camino, rodar al abismo, nos condujeron por fin á la apetecida planicie donde se levanta el santuario, deliciosa pradera cubierta de menuda grama, tersa como un tapete de felpa esmeralda. El soberbio panorama que desde allí se ofrecía á nuestra vista dominando al norte la costa y el mar, á una parte los valles que fertilizan el Borunda, el Lecumbegui y el Araxes, y á otra la tierra de Guipúzcoa y Álava, y el aire fresco de la sierra que halagaba nuestra ardorosa frente, nos templaron los ánimos aun para soportar con paciencia cualquiera amarga decepción en nuestros exploratorios afanes; pero afortunadamente no tuvimos que hacer uso de semejante longanimidad. — El bondadoso vicario que cuidaba del santuario nos introdujo en él sin enojosas moratorias.

Vimos allí un templo de sencillísima arquitectura románica, de tres naves, cubiertas con bóveda de medio cañón, y otros tantos ábsides iluminados por ventanas de arco de medio punto, que dan paso á la luz atravesando gruesas paredes de sillarejo,

desnudas al exterior de contrafuertes ó estribos, según puedes observar en la lámina adjunta. El santuario primitivo, encerrado dentro de este templo, ocupa el espacio central de su segundo tramo, contados éstos desde el hastial hacia el presbiterio; y encajonado, digámoslo así, entre cuatro de los robustos pilares que separan la nave mayor de las dos adyacentes, viene á ocu-



SANTUARIO DE SAN MIGUEL IN EXCELSIS

par el mismo sitio que en muchas iglesias ocupa el coro. Pero este antiguo santuario tiene su cubierta y su bóveda, también de medio cañón, á dos tramos, y es con toda verdad un pequeño templo, en forma de *cella*, incluido en otro mayor. La portadita que presenta, ilustrada con la rota cadena que sirvió de instrumento de suplicio al hoy Venerable Theodosio de Goñi, blasón de heróica y ejemplar penitencia allí pendiente y puesto á disposición de los devotos que la aplican á la curación de sus corporales dolencias, es en verdad de carácter latino-bizantino, sin que nada en ella repugne el que sea tenida por obra de la época